

Luchar y Amar

Jeremías: el mártir

Anselm Grün



Jeremías: el mártir

El profeta Jeremías nos ofrece otro arquetipo del hombre: el de profeta y mártir. La propia vida de Jeremías pone de manifiesto lo que significa ser profeta, Profeta es aquel que dice lo que se ve obligado a decir desde dentro. O en otras palabras: Profeta es aquel que anuncia la palabra de Dios, que dice lo que él escucha de Dios en el silencio. Esto se contrapone con frecuencia a lo que se suele decir y a lo que generalmente se desea escuchar. Jeremías es el profeta sufriente. Contra toda euforia política, siente en su interior un impulso a anunciar calamidades, a perturbar la opinión común, introduciendo oscuros tonos en el agudo canto de victoria. Y a la vez anuncia salvación donde todos corren el riesgo de hundirse en la depresión. Jeremías sale fiador de lo que dice con toda su existencia. Es testigo de aquello que anuncia. En medio de un mundo hostil, se convierte en mártir de su envío. El hecho de tener que levantarse en contra de la opinión pública le rompe el corazón. Se siente sólo y, no pocas veces, abandonado incluso de Dios. De ningún otro profeta sabemos tanto sobre sus luchas interiores como de Jeremías.

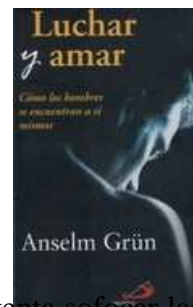
Jeremías fue llamado por Dios en su juventud. Corría el año 628 antes de Cristo. En Jerusalén reinaba el piadoso rey Josías, que restableció de nuevo la ley de Moisés. Jeremías descendía de una familia sacerdotal de Anatot. El mismo describe su vocación en estos términos; «El Señor me habló así: Antes de formarte en el vientre, te conocí; antes que salieras del seno, te consagré, te constituí profeta de las naciones. Yo dije: ¡Ah, Señor, mira que no sé hablar, pues soy un niño! Y el Señor me respondió: No digas "soy un niño", porque irás a donde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene» (Jer 1,4-7). Jeremías no se mete por sí mismo a actuar de profeta. Es llamado por Dios, muy a pesar suyo y frente a sus reservas por considerarse incapaz de hablar. No son sus cualidades las que le hacen aparecer idóneo para desempeñar el papel de profeta, sino exclusivamente la llamada de Dios. Y esta llamada la experimenta Jeremías como dolorosa.

Cuando muere el piadoso rey Josías; en el que el pueblo había puesto toda su esperanza, le sucede Joaquín, que reina desde el 609 hasta el 597 antes de Cristo. Hace olvidar la reforma de Josías y permite que se introduzcan costumbres paganas. Jeremías entra entonces apasionadamente en escena y se levanta contra el rey, que reacciona persiguiéndolo. Decepcionado por el fracaso de su predicación, Jeremías acusa a Dios de haberlo dejado en la estacada. En las llamadas «confesiones», él grita su desesperación: «¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste hombre de pleitos y contiendas con todo el mundo! No he prestado, ni he pedido préstamos, y sin embargo todos me maldicen... No me senté a disfrutar con los que se divertían. Agarrado por tu mano, me senté solo, pues tú me llenaste de indignación. ¿Por qué es continuo mi dolor, y mi herida incurable y sin remedio? Te me has vuelto arroyo engañoso de aguas caprichosas» (Jer 15,10.17-18). Jeremías se siente abandonado de sus propios familiares. Sus compatriotas están contra él. Se encuentra solo contra todos. Sufre por estar en lucha con todo el mundo. Y no es su carácter intransigente lo que provoca la lucha. Es la misión de Dios, que le sitúa fuera de la comunidad. Pero el profeta se siente incluso abandonado de Dios. Considera a Dios, que hasta ahora le había dado fuerzas, como un «arroyo engañoso». No puede ya confiar en él. Jeremías acusa a Dios: «Tú me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir; me has violentado y me has podido» (Jer 20,7). Sufre por no

Luchar y Amar

Jeremías: el mártir

Anselm Grün



poder gritar otra cosa que «violencia y destrucción». Pero tan pronto como intenta sofocar las palabras que recibe de Dios, para acomodarse al criterio de los demás, esas palabras se convierten en «un fuego devorado! encerrado en mis huesos; me esforzaba en contenerlo, pero no podía» (Jer 20,9-10). El tiene que hablar, quiera o no. Pues si rehuye a Dios, su corazón le abrasa de tal forma que no puede resistir. A pesar de todo, en medio de su lamento y desesperación, Jeremías se mantiene fiel a Dios, pues sabe que «el Señor está conmigo como un héroe poderoso; mis perseguidores caerán y no me podrán» (Jer 20,11).

Jeremías no encuentra satisfacción alguna en pronunciar palabras proféticas y evita ponerse en el centro de todo. En nuestros días hay muchos profetas proclamados como tales por sí mismos. Son incapaces de advertir el influjo que pueden ejercer con las palabras emitidas como proféticas y el interés que con ellas pueden suscitar sobre sí mismos. Se consideran como algo especial. Creen conocer con precisión la voluntad divina. Jeremías tiene que ser empujado por Dios para predicar lo que él le sugiere. Y da testimonio de ello con toda su existencia. La vida de Jeremías no es ninguna historia de éxitos. Se le perdona del destierro de los judíos bajo Nabucodonosor en el año 597 antes de Cristo. Pero en el reinado de Sedecías (597-586), durante el asedio de Jerusalén, cae bajo sospecha de traición. Se le arresta y se le retiene en el patio de guardia del palacio real. El rey lo manda llamar en secreto y le pregunta si no tiene para él ninguna palabra de Dios. Jeremías profetiza al rey que caería en manos del rey de Babilonia. Los oficiales recriminan a Jeremías diciendo a Sedecías: «Este hombre es reo de muerte, porque desalienta con semejantes palabras a los combatientes» (Jer 38,4). Al profeta se le acusa, pues, de desmoralizar al ejército. Finalmente se le arroja a una cisterna. Allí se hunde Jeremías en el fango. Un cusita, es decir, un extranjero, le salva de aquella situación escabrosa. De nuevo le pide el rey una palabra de Dios. Jeremías le responde; «Si te contesto, seguro que me matarás; y si te doy un consejo, no me harás caso» (Jer 38,15). El rey perdona la vida a Jeremías, pero no sigue lo que el profeta le dice. Jeremías experimenta entonces el fracaso de su misión. Hubiera sido preferible, sin duda, dar al rey esperanzas. Pero él puede decir sólo lo que Dios le dice. Se contrapone así a la opinión pública, al consentimiento de guerra.

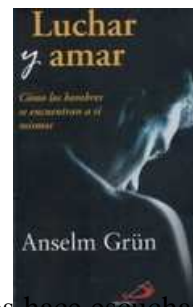
A los judíos desterrados en Babilonia el profeta los consuela a través de sus cartas, Y cuando Jerusalén cae en el año 586, intenta consolar y alentar al pueblo. No se deja contagiar por el generalizado abatimiento, sino que se mantiene firme. Pero sus palabras de consuelo no son ningún consuelo barato. Con tales palabras suscita la irritación, igual que con sus profecías de desastre. Son, sin embargo, palabras admirables, que siguen impactando todavía hoy: «Tú no temas, siervo mío Jacob, oráculo del Señor; no te asustes, Israel; yo te libraré a ti y a tu descendencia del lejano país donde estás desterrado. Jacob volverá y vivirá tranquilo, seguro y sin que nadie lo inquiete. Yo estoy contigo para salvarte. Oráculo del Señor» (Jer 30,10-11). Jeremías promete salvación a todos los que sufren por sus heridas: «Sí, yo te curaré y sanaré tus heridas» (Jer 30,17). Y a los que se encuentran dispersos en país extraño, que se sienten abandonados de Dios y dudan de la obra de Dios, él les anuncia la palabra de Dios: «Con amor eterno te amo; por eso te mantengo mi favor. Te edificaré de nuevo y serás reedificada, doncella de Israel; de nuevo tomarás tus panderos y saldrás a bailar alegremente» (Jer 31,3-4).

Jeremías es el profeta que sufre por causa de su misión. Siente dentro de sí la llamada a anunciar la palabra de Dios contra la opinión dominante. Esto le convierte en un solitario, le acarrea sólo enemistad y aversión. Pero Jeremías no puede hacer otra cosa. Quedaría

Luchar y Amar

Jeremías: el mártir

Anselm Grün



trastornado. Jeremías es para cada hombre un estímulo a confiar en lo que Dios hace escuchar en el alma. Dios habla en los presentimientos interiores. Nosotros no podemos tener seguridad alguna de que esos presentimientos sean ciertos o no. Pero hemos de expresar lo que sentimos, aun a riesgo de vernos despreciados por los hombres y de perder nuestro buen nombre.

Ya que me detendré en otros profetas, en Elías por ejemplo, que es el arquetipo 'de los profetas, ante Jeremías quiero limitarme a poner de relieve su faceta de mártir. Como todo arquetipo, también el de mártir tiene su cara edificante y virtuosa y su cruz borrascosa. La tarea del mártir es la de aprender a amar. El peligro está en que muchos mártires se inmolan para ser amados. En lugar de entregarse, se destruyen. El mártir maduro da la vida y se entrega por los hombres, pero sin que por ello tenga que destruirse. El que se entrega no realiza una acción autodestructiva, sino una acción liberadora. Encarna lo que Jesús dijo: «El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ese la salvará» (Le 9,24). Quien se aterra de manera convulsiva a sí mismo convertirá su vida en algo insípido y entumecido. Sólo quien se entrega a la vida, quien se embarca en aquello que se le pide, conseguirá que su vida comience a borbotear. Pero hay muchos que entienden mal esta entrega. Se inmolan para recibir amor y reconocimiento. Su inmolación conduce entonces al vacío. Juzgan al mundo como injusto, puesto que nunca reciben lo que secretamente esperan. Se sienten explotados. La inmolación no debe dejar a uno lisiado. No se trata de sacrificar ámbitos esenciales de uno mismo, sino de liberarse para poder entregarse por completo a la vida y al amor. Entonces experimentaremos en la entrega vitalidad y plenitud interior.

El arquetipo del mártir es hoy tergiversado y transformado en lo antagónico con los atentados suicidas. Hay jóvenes que se suicidan para arrastrar consigo a la muerte violenta al mayor número posible de hombres.

El martirio no está aquí al servicio de la vida, sino sólo de la muerte. No surge del amor a la vida, sino del odio a uno mismo y a los demás. Es, en última instancia, expresión del desprecio al hombre y del desprecio a sí mismo. Lo que impulsa a uno a un martirio así no puede ser más que la visión pesimista de uno mismo. Puesto que no se espera nada de la vida, se destruye uno a sí mismo y con él a los demás. Se trata casi siempre de hombres que con la muerte desaparecen por completo. Evidentemente, hay una masculinidad destructiva que de manera enfermiza negocia con la muerte. La muerte ejerce sobre muchos hombres una fascinación singular. Se complacen viendo emisiones donde abundan los disparos o se entregan a la práctica de deportes de riesgo, donde se ha de contar con la muerte como una posibilidad. Sólo se sienten con vida cuando vislumbran la cercanía de la muerte. Las mujeres tienen otra manera de ver la vida y la muerte. El arquetipo del mártir no pretende intensificar el deseo negativo de la muerte en el hombre. Al contrario, el verdadero mártir muere siempre, por la vida. Pone la vida en juego por estar al servicio de la vida.

Propia del mártir es también la capacidad de sufrir. El mártir «reconoce que el sufrimiento forma parte de la vida .y que no se le puede ni desmentir, ni esquivar, ni eliminar completamente con acciones violentas. El sufrimiento se nos puede presentar como parte inmanente de nuestro crecimiento y maduración»¹. Jeremías se expone al sufrimiento, pero no lo busca. No es un masoquista que busca el sufrimiento para establecerse en él. Pero tampoco rehuye el sufrimiento que le sobreviene por mantenerse firme en su misión. Es así,

¹ Fishedick, *Der Weg des Helden. Selbstwertung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992, 50

Luchar y Amar



Jeremías: el mártir

Anselm Grün

precisamente a través del sufrimiento, como se acrisola y capacita para dirigir palabras de consuelo, que están llenas de amor. Las profecías de consolación dejan traslucir a un hombre que ha aprendido con el sufrimiento el arte de amar. Quien quiere llegar a ser hombre no puede eludir el sufrimiento. No ha de buscarlo. Pero si recorre con autenticidad su camino, sin desviarse, experimentará que ese camino es -como repite C. G. Jung- un *viacrucis* que ha de transitar una y otra vez. Decir sí al sufrimiento y no huir de él, esta es la imagen del mártir, que sigue teniendo validez para nosotros hoy.

El mártir testifica con toda su existencia aquello que representa. Los mártires de la Iglesia primitiva testificaron con su muerte la resurrección de Jesús. Su testimonio a favor de la verdad era para ellos más importante que su vida. Ante muchos relatos martiriales hoy nos sentimos incómodos. Se dice una y otra vez que los primeros cristianos iban gozosos a la muerte. Psicológicamente entrenados, husmeamos aquí una tendencia masoquista. Pero si nos introducimos en el alma de estos hombres y mujeres valientes, descubrimos enseguida que lo importante para ellos no era la muerte, sino el testimonio a favor de Cristo. Ellos querían dar testimonio de Cristo con toda su vida, rechazando todo falso compromiso con los poderes mundanos. Hombres y mujeres tan diáfanos y heroicos se necesitan hoy, lo mismo que entonces. Son hombres que no se dejan desfigurar. No se limitan a hablar de la verdad. No se conforman con predicar su fe, sino que dan testimonio de ella con toda su vida. No van en busca de la muerte. Pero su testimonio incluye también la disponibilidad para ir a la muerte. La verdad es para ellos más importante que la vida. La limpieza de corazón y la paz interior están para ellos por encima del bien de la existencia física. Los relatos martiriales de la Iglesia primitiva rebosan de una esperanza gozosa en la vida eterna. Porque creen en la resurrección de Jesús, los cristianos no se dejan atemorizar tampoco por las amenazas de muerte. La muerte ha perdido para ellos todo poder de amedrentar. Por eso podían dar testimonio de la fe con su vida. Su fe no era una piadosa etiqueta, sino el fundamento sobre el que ellos se erguían, la fuente de la que ellos se saciaban. Ellos habrían podido renegar de los cimientos de su vida sólo si hubieran hecho caso omiso de la oferta del juez, la oferta de salvar su vida.

Los mártires no son exclusivamente un fenómeno de la Iglesia primitiva. También nuestro tiempo genera mártires. En el Tercer Reich hubo hombres y mujeres intrépidos que afrontaron la muerte por defender la verdad y la justicia. En América Latina son frecuentemente asesinados hombres y mujeres que toman en serio el mensaje cristiano y se comprometen con los pobres. Cuando oímos hablar de su vida y de su muerte, podemos presentir que nuestro tiempo vive de tales hombres. Sin ellos nuestro mundo sería más pobre. En cualquier caso, también hoy somos más sensibles a la ambivalencia de este arquetipo. Siempre es peligroso que alguien se identifique con la imagen arquetípica del mártir y que se sienta a gusto con este papel. A veces podemos percibir este fenómeno en determinados grupos. Uno se siente incomprendido y rechazado. Pero en lugar de afrontar el conflicto y de esforzarse por encontrar una explicación, se refugia en el papel de mártir. De este modo se ciega y se incapacita para ver sus propias necesidades y la manera de participar en el conflicto. Como mártir, reprochará continuamente a los demás: «Vosotros tenéis la culpa de que yo tenga que sufrir; vosotros me habéis hecho mártir». Para muchos es una gran tentación jugar a mártires. Se presentan así como seres especiales. Pueden ponerse sobre los demás. Los verdaderos mártires no se han identificado nunca con el arquetipo. Ellos han dado testimonio con su vida. Han llegado a ser mártires luchando por la verdad. Ellos irradian libertad y autenticidad, valor y sinceridad. Tales mártires no pueden dejar de fascinar a los hombres.

Luchar y Amar

Jeremías: el mártir

Anselm Grün

Leen con agrado sus historias. Intuyen que de ellos brota una energía masculina, de la que ellos participarían gustosamente. Los hombres firmes, como Oscar Romero o Martín Luther King, Dietrich Bonhoeffer o Graf Moltke, los hombres que no se amilanan ni siquiera ante la muerte, muestran a todos una imagen positiva de hombre, una imagen que resulta convincente tanto para los hombres como para las mujeres.

Yo estoy orgulloso de que mi padre no se dejara cambiar durante el Tercer Reich. Por negarse a dar el saludo hitleriano se hizo sospechoso y fue denunciado en no pocas ocasiones. Ya en 1938 se presentó un policía en su negocio y quiso cerrárselo por llevar un apellido de color (Grün= verde). Los apellidos de color eran considerados como apellidos judíos. Mi padre no se calló y exigió al policía que le mostrara su documentación. Cuando el policía se dio cuenta de que mi padre no se inmutaba, se hizo más amable y se marchó sin conseguir nada. Mi padre nos enseñó a ser francos y a entregarnos de lleno a lo que consideramos importante. Aunque no lo he conseguido siempre, yo sé que mi padre está detrás de mí cuando me siento demasiado cobarde. El me da entonces ánimo para seguir siendo un testigo auténtico.

